

ANUNCIACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

El momento inicial de nuestra redención tuvo lugar el día de la Anunciación, cuando el Hijo de Dios se hizo hombre en el seno de la Virgen María. Es el día de la Anunciación, cuando el ángel le comunicó a María la buena nueva y ella dio su consentimiento consciente y generoso: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38).

La Anunciación será, pues, el punto de referencia para la fe cristiana. Santo Tomás de Aquino llega a decir que el "sí" de la Santísima Virgen fue "en nombre de toda la humanidad" (Summa, III, 30, 1 c). Pablo VI subrayó también la importancia del "sí" de la Virgen para toda la humanidad: "A partir del «fiat» de la humilde esclava del Señor, la humanidad comienza su retorno a Dios" (Pablo VI, Marialis Cultus 28).

La "Anunciación" del ángel a María indica que ha llegado "la plenitud de los tiempos", cuando "envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Gal 4,4-5).

En María se cumplieron las promesas mesiánicas, puesto que concibió al Hijo del Altísimo por obra del Espíritu Santo (Lc 1,35; Mt 1,20), a quien puso por nombre "Jesús", es decir, Salvador.

El título que el arcángel San Gabriel da a María ("llena de gracia", "kejaritomene": Lc 1,28), indica que ella es elegida y amada por Dios de modo permanente y que ella ha sido siempre fiel a este amor. La gracia que recibe corresponde a la misión de ser Madre de Dios y Madre nuestra, asociada Cristo Redentor. María ha sido plenamente transformada por la acción salvífica y gratuita de Dios. María es "toda santa", sin pecado personal ni original, siempre fiel y abierta a la acción de la gracia.

La narración que nos ofrece San Lucas, deja entender que María es muy consciente y responsable de lo que está sucediendo. Por las palabras del ángel, sabe que el Hijo del Altísimo será concebido virginalmente en su seno por obra del Espíritu Santo, según las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. Por esto, su "sí" es plenamente libre y voluntario, también respecto a la virginidad (cfr. Lc 1,34-35; Is 7,14).

En la anunciación, María adopta una actitud de silencio meditativo y de apertura a los planes de Dios (Lc 1,29), que se expresará en actitud de fidelidad a la Palabra divina (Lc 1,38).

Desde la Anunciación, María aparece como modelo de la fe de la comunidad eclesial: "Bienaventurada tú que has creído" (Lc 1,45). María había dado un "sí" a los planes de Dios,

en armonía con la respuesta del pueblo a la Alianza: "Haremos lo que él nos diga" (Ex 24,7).

María se encuentra ante el misterio de Cristo, con el corazón plenamente disponible: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1,35). Ella demuestra una gran capacidad de escucha (cfr. Lc 29), que después se traducirá en admiración (Lc 2,33), contemplación (Lc 2,19.51), intercesión (Jn 2,5) y asociación a Cristo (Jn 19,25).

María recibió con plena apertura al Verbo Encarnado: "En él, el Padre ha dicho la palabra definitiva sobre el hombre y sobre la historia" (Tertio Millennio Adveniente, n. 5). Toda la acción de Dios en la historia, como manifestación de sus planes salvíficos, encuentran en Cristo la respuesta final: "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos" (Heb 1,1-2).

Este proyecto del Padre, comunicado a María en la Anunciación, es la manifestación de la "misericordia" divina, "de generación en generación" (Lc 1,50). Para María, era un encargo misionero, puesto que enseguida irá a la casa de su prima Isabel para proclamar la salvación y servir de instrumento a la santificación del Precursor (cfr. Lc 1,44), y, en Belén, mostrará a Jesús a los pastores y a los Magos (cfr. Lc 2,16; Mt 2,11).

A partir de la Anunciación y hasta la cruz, María escucha, admira, contempla, intercede, se ofrece junto a la oblación del Redentor. Ella estaba preparada para recibir el encargo de Jesús: "He aquí a tu hijo" (Jn 19,26). A partir de su "sí" en la Anunciación, y de su asociación a Cristo junto a la cruz, podrá ver en cada ser humano un "Jesús viviente" por construir.

La humanidad de María y toda su femineidad, llegan a la perfección: "La Virgen fue llamada a ofrecer toda su humanidad y femineidad a fin de que el Verbo de Dios pudiera encarnarse y hacerse uno de nosotros... María, en el consentimiento dado al anuncio de Gabriel, nada perdió de su verdadera humanidad y libertad" (enc. Fides et Ratio, n. 108).

El misterio de María aparece, desde la anunciación, con todas sus dimensiones. María va a concebir a Jesús, el que "va a salvar al pueblo de sus pecados" (Mt 1,21), el "Hijo del Altísimo" (Lc 1,31-32), "por obra del Espíritu Santo" (Mt 1,20; Lc 1,35). El "influjo salvífico" de María (LG 60) en nuestra vida espiritual cristiana consiste en una "cooperación... para restaurar la vida sobrenatural de las almas" (LG 61), es decir, de "los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno" (LG 63).

La actuación de María sigue siendo una realidad permanente, como afirma el concilio Vaticano al hablar del Cenáculo de Pentecostés: "María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sobra" (LG 59). Lo que fue María en la Anunciación, lo es la Iglesia, con María, desde Pentecostés. "Fue en Pentecostés cuando empezaron los hechos de los Apóstoles, del mismo modo que Cristo fue concebido cuando el Espíritu Santo vino sobre la Virgen María" (AG 4).

La Iglesia mira a María en la Anunciación, para aprender de ella a hacer de la vida una donación, unida a la oblación de Cristo, desde la Encarnación hasta el misterio pascual de su muerte y resurrección. El "sí" de María es la pauta para que la Iglesia entre más adentro en su propio misterio de recibir a Cristo y de comunicarlo a todos los pueblos.

EL ECO UNIVERSAL DE UN "SÍ"

Hay un "sí" que se pronunció por primera vez, hace ya veinte siglos, y que un día será el "sí" de todos los pueblos. Es el "fiat" de María.

Este "sí" se convirtió en "Magnificat", de alabanza gozosa, amasada de pequeños servicios en la casa de Isabel.

El "fiat" y el "Magnificat" de María han encontrado ya una resonancia en muchos corazones. La Virgen de Nazaret, escondida en Ain Karem, aguardando el nacimiento del Precursor, lo presintió proféticamente: "desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada" (Lc 1,48).

* * *

Tu "sí", María, como respuesta generosa a la acción del Espíritu Santo, te hizo Virgen-Madre, aurora e instrumento de Cristo Salvador. Donde llegas tú, llega Jesús que comunica el "agua viva" del Espíritu Santo, según los planes salvíficos del Padre.

Tú dijiste este "sí", en nombre nuestro y de todos, el día de la Anunciación. Y cuando estabas de pie junto a la cruz, recibiste el encargo de hacerlo resonar en todos los corazones. Las palabras de Jesús, "ahí tienes a tu hijo" (Jn 19,26), te hacen recordar, por analogía, otras palabras del mismo Jesús dirigidas al Padre en la última cena: "los has amado a ellos como me has amado a mí... yo estoy en ellos" (Jn 17,23.26).

Ahora comprendo mejor por qué cuando recibo a Jesús (su palabra y su Eucaristía), o cuando lo descubro escondido en los hermanos, él sigue teniendo el sabor del "pan de vida", pan de Virgen-Madre.

* * *

Si "todas las generaciones" te llamarán bienaventurada, ¿por qué todavía muchos no te conocen ni conocen a Cristo? El Espíritu Santo ya ha sembrado las "semillas de Verbo" en todos los corazones y en todas las culturas, para que un día esas semillas lleguen a la madurez en Jesús, el Verbo hecho nuestro hermano. ¿Cuándo será realidad ese "fiat" y "Magnificat" universal, que manifieste que Jesús ya ha nacido en todos los pueblos?

El canto del "Magnificat" universal será realidad sólo cuando los hombres, viviendo como hermanos, digan de verdad, con la voz y el amor de Cristo, "Padre nuestro".

Parece como si tu maternidad necesitara de mi pobre ser, para que la acción del Espíritu Santo, que sigue actuando en tu seno materno, haga nacer a Cristo en todos los corazones.

* * *

¿Qué podría hacer yo para que tu "sí" y tu "Magnificat" encontraran resonancia en todos los pueblos? Presiento, que dejando resonar tu "sí" más profundamente en mi corazón y en mi vida, pudiera convertirme en autora como tú, anuncio y transparencia de Cristo, ser sólo cristal transparente de él, sin sombras ni escorias.

La fe y la esperanza en Cristo me infunden la convicción de que un día será realidad ese "sí" universal, cuando, por intercesión tuya, "Madre de Dios y Madre de los hombres... las familias de todos los pueblos... sean felizmente congregados con paz y concordia en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e individual Trinidad" (LG 69).

Madre, ¿qué puedo hacer por ti, para que tu "sí" y tu "Magnificat" profético sean más realidad en todos los corazones y en todos los pueblos?

* * *

Tu "sí" resonó por primera vez en Nazaret, resumen y presagio de "una vida escondida con Cristo en Dios" (Col 3,3). Tu "Magnificat" se amasó en los pequeños servicios durante tres meses en la casa de Isabel. Tu "stabat" te hizo, por obra del Espíritu comunicado por Jesús, la máxima Madre por ser la máxima Virgen.

Dios Amor se goza en amasar la arcilla para estampar en ella, con un beso, su misma imagen, su mismo Hijo por obra del Espíritu Santo. A la arcilla no le pide más que ser arcilla, dejarse moldear por el divino alfarero. Cuando de mí mismo ya no quede nada más que el reconocer mi nada, entregada con un amor sin reservas a Dios y a todos los hermanos, entonces podrá resonar en mí el "fiat" y el "Magnificat" de María, como aurora de un nuevo nacimiento de Cristo en toda la humanidad.

Tú "gozo", María, anunciado por el ángel y convertido por ti en un himno imperecedero, es gozo pascual, don del Espíritu, porque transforma el "sí" y el "Magnificat" en un "stabat" de asociación sponsal a Cristo Redentor, el Señor resucitado. Si estás tú en nuestro Cenáculo eclesial (Hech 1,14), ya será posible cantar con todos los hermanos y anunciar a todos los pueblos: "Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo; os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor" (Lc 2,10-11). Porque a Cristo se le sigue encontrando siempre "con María su madre" (Mt 2,11; Lc 2,16).

Juan Esquerda Bifet
Catedrático emérito,
Pontificia Universidad Urbaniana. Roma